

literario más inmediato de la novela realista y, en cierto sentido, de la novela "experimental" en su acepción española. Hace un rápido análisis de la obra de Fernán Caballero, Larra, Estébanez Calderón y Mesonero Romanos, y de los artículos costumbristas de Bécquer, para concluir que, aun siendo todos éstos otros tantos anuncios de una dirección literaria atraída por la representación de la "realidad", no se enfrentaron de hecho a los motivos profundos que podrían explicar o justificar esa realidad. Era, pues, difícil que en semejante ambiente encontrara buena acogida la poética de Zola.

El capítulo central está dedicado a la "polémica" que se desató con la publicación (1882) de *La cuestión palpitante*, de Emilia Pardo Bazán, seguida más tarde de su ensayo sobre "El naturalismo", escritos que Rosselli analizó detenidamente y con sagacidad. Doña Emilia tuvo el mérito de difundir las nuevas ideas en la Península y de hacer sentir la importancia de la renovación que el naturalismo significaba para la literatura española; tuvo, además, el buen sentido de colocar la cuestión toda en el terreno adecuado: no en el moral, sino en el literario-artístico. La posición del otro campeón de naturalismo, "Clarín", fue poco clara; se caracterizó principalmente por una rebeldía contra el mundo literario español encastillado en un satisfecho inmovilismo. En resumen, los dos aceptaron la renovación naturalista, pero accediendo sobre todo los aspectos menos comprometedores y buscando una conciliación entre el realismo y el idealismo.

El último capítulo se ocupa del bando enemigo, formado por hombres como Alarcón, Valera y Menéndez Pelayo, defensores del idealismo y de la estrecha vinculación entre arte y moral, y a quienes Rosselli juzga dotado de mayor capacidad crítica y poética que a los naturalistas, debido a su formación clásica. Las páginas dedicadas a Valera son aquí las más jugosas. Si fuerte espíritu nacionalista, dice Rosselli, lo llevó a proponer un tipo de narrativa castiza que reflejase ambientes e intereses españoles, con un realismo no folklórico, sino de caracteres, siempre con miras estéticas; por algo Eugenio d'Ors lo definió como ciudadano del mundo ("Ponderado como *castizo*, es en el fondo, el escritor menos nacional posible"). La punzante censura de Valera contra la poética de Zola —observa Rosselli, con razón— se debió principalmente a una total contraposición de mundos interiores, de ideas, y que él era un espíritu aristocrático e intelectualista.

Estudio bien informado y bien organizado, es útil como cuadro general de la que fue "cuestión palpitante" y tiene el mérito de poner de relieve la búsqueda común, por parte de ambos bandos, de una novela española realista pero basada en la fe en un ideal.—LUCIANA DE STEFANO (Instituto de Filología "Andrés Bello", Caracas).

LAWRENCE ANTHONY LAJOHN, *Azorín and the Spanish stage*. Hispanic Institute in the United States, New York, 1961; 208 pp.

La estructura y distribución de este libro me inclina a pensar que se trata de una tesis universitaria. Un criterio selectivo menos apegado a los lineamientos usuales en trabajos de esa índole hubiera hecho, por ejemplo, mucho más eficaz el capítulo primero: tal como está redactado, presenta las obras y la crítica teatral de Azorín diluidas dentro de un panorama biobibliográfico demasiado general para servir de algo. El tema —Azorín dramaturgo y Azorín crítico y teórico teatral— había sido olvidado por la crítica, según indica LaJohn, y ciertamente merecía un análisis cuidadoso. Pero lo que dominó

en este libro es la simple descripción. Los apuntes "críticos" son esporádicos y superficiales. Por ejemplo, el tercer capítulo, que es el más extenso (pp. 90-197), y que se dedica a las obras de teatro de Azorín, tiene una estructura muy floja, meramente cronológica, y no ofrece una caracterización global de esas obras, un estudio de su sentido, de su significación. La última parte es mucho mejor, pero demasiado breve. Hay algunos puntos bien observados, y que piden a gritos un mayor desarrollo. Por lo demás, LaJohn no siempre explica claramente lo que se propone, ni justifica afirmaciones que quedan un poco en el aire o sentimos relacionadas entre sí sólo de un modo mecánico. (Faltan, entre otras cosas, referencias cruzadas). El libro, desde luego, hubiera podido ser mejor, pero es útil como visión de conjunto y puede servir de guía al estudiante de letras españolas.—YVETTE JIMÉNEZ DE BÁEZ (El Colegio de México).

FÉLIX WEINBERG, *La literatura argentina vista por un crítico brasileño en 1844*. Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1961; 75 pp.

El crítico aludido es Joaquim Norberto de Souza Silva, que en 1844 publicó en la *Minerva Brasiliense* unas *Indagações sobre a litteratura argentina contemporânea*. Félix Weinberg le consagra a este artículo un estudio muy bien documentado, dividido en una introducción y dos amplios capítulos, y finalmente lo reproduce, en traducción española, con abundantes notas.

En el primer capítulo ("Souza Silva: el autor y su época") se analizan los factores políticos y sociales que enmarcan la aparición, en la cuarta década del siglo XIX, del romanticismo brasileño, el cual nació al mismo tiempo que el argentino y, como él, bajo la influencia francesa. Estudia Weinberg las circunstancias político-sociales imperantes en el Brasil, fija las principales características de su romanticismo y hace una presentación de los primeros corifeos de este movimiento. "En definitiva —dice, citando a José Gonçalves de Magalhães—, una clara misión hermana a los movimientos románticos argentino y brasileño: la obsesión por el progreso de la patria". Después se ocupa en especial de Souza Silva (1820-1891), de su personalidad múltiple y de su labor de poeta, crítico, ensayista, historiador y etnógrafo.

El segundo capítulo, "Para una valoración de las *Indagaciones*", es el más importante. Weinberg comienza por reseñar los estudios críticos sobre literatura argentina aparecidos antes de 1844: artículos periodísticos de Juan Cruz Varela, opiniones del Salón Literario de 1837, juicios formulados por Florencio Varela y Juan Bautista Alberdi en 1841. En general, todos ellos están de acuerdo en afirmar que, durante la primera época independiente, las letras argentinas sirvieron de respuesta e incitación al desarrollo de los hechos de armas de la campaña libertadora, pero que, heredera de la estética neoclásica, o hija muchas veces de la improvisación, la poesía no ha podido llamarse verdaderamente "nacional" sino con el advenimiento del romanticismo. En este momento se insertan las *Indagações* de Souza Silva, cuyo juicio no difiere mucho del de los argentinos, pero, en palabras de Weinberg, "resulta más meritorio todavía porque está exento de generosa indulgencia". (A Juan Cruz Varela lo trata con rigor excesivo, nacido de razones más ideológicas que estéticas). En definitiva, el análisis de Souza Silva resulta sorprendentemente lúcido y certero, y Weinberg muestra cómo los juicios posteriores de críticos argentinos coinciden con él en señalar en las primeras décadas del siglo XIX intentos no siempre felices de una expresión propia y en considerar a Eche-